

JUAN G. CABRAL

Juan G. Cabral, con el grado de coronel, fue la figura sobresaliente del maderismo en Sonora, en 1910 y 1911. Hasta los últimos años de su vida, ya con el grado de divisionario, gustaba de ensalzar a sus amigos con este epíteto, para él de un valor inapreciable: ¡libertador! Porque ése era el título que más apreciaba el general Cabral desde el estallido de la Revolución en Sonora, cuando pudo colocarse sobre la toquilla del sombrero, un listón tricolor.

Por una agradable coincidencia, hemos encontrado que el último 20 de noviembre (1961) en que se inauguraron atrevidos tréboles desde el Molino del Rey hasta donde arranca la supercarretera a Querétaro, una de las avenidas a que puede llegarse es la que ostenta este nombre: "General Cabral". A pesar de que corresponde a uno de los costados de la Secretaría de la Defensa Nacional, tal avenida no había llamado nuestra atención, ni siquiera sabíamos que existiese. ¡Qué bien que el nombre evocador de Cabral haya surgido precisamente en uno de los aniversarios de la Revolución!

Porque Juan G. Cabral representó en Sonora, al estallar el movimiento de 1910, el mismo papel que Ramón F. Iturbe en Sinaloa y Pascual Orozco en Chihuahua. Fueron los primeros jefes militares, con el grado de coronel, que designó el apóstol Madero para iniciar la lucha armada en aquel rincón de la República. Junto a ellos figuraron tres jefes civiles, que también fueron personajes de relieve al producirse la gran conmoción nacional: Maytorena en Sonora, el ingeniero Manuel Bonilla en Sinaloa y don Abraham González en Chihuahua.

Juan G. Cabral fue de origen minero. Se inició en el rudo trabajo de la mina, cuando La Colorada estaba en su apogeo. Pasó después a Cananea, atraído por la fama y las facilidades que se daban a los obreros para que se establecieran en la ciudad del co-

bre, que prometía ser el principal centro de trabajo de Sonora. Siguió así la ruta que recorrieron muchos sonorenses, en pos de colocaciones mejor remuneradas. De Cananea pasaron al ejército.

Fue muy notable el contingente de mineros de Cananea que engrosaron las filas de la Revolución. Los mismos que hicieron la famosa huelga de 1906, tomaron las armas en 1910 y en 1913 para responder al llamado de Madero y para vengar su muerte. Si fueron muchos los mineros maderistas, fueron muchos más los mineros soldados que se afiliaron al constitucionalismo y que bajo las órdenes del gran jefe Diéguez tomaron parte en las importantes acciones de guerra que el Cuerpo de Ejército del Noroeste inició en Sonora, de norte a sur, hasta culminar con la toma de Guadalajara. Entre aquellos jefes que secundaron al general Diéguez en Cananea podemos recordar a Melitón Albáñez, a Juan José Ríos, a Pablo Quiroga, a Juan Domínguez, a Jesús M. Aguirre, a Máximo Othón, a Esteban B. Calderón. . . Todos ellos tenían a su lado a hombres de acción que los seguían por doquiera. Los “cananeas” fueron soldados valientes y abnegados, que entraron a la pelea por convicción y dispuestos a conquistar el bienestar social a que aspiraron, desde que tomaban parte en las discusiones del sindicato de mineros. Precursor de hombres de tal contextura fue Juan G. Cabral, indiscutiblemente el primero de los sonorenses que empuñó las armas en 1910.

*
* *

Cuando Cabral se hizo soldado era un hombre joven. No llegaba a los treinta años. Era casi chaparro y usaba ya un bien poblado bigote. La frente alta. Suave en sus maneras. La sonrisa fácil y el hablar pausado. A los amigos que más quería, les daba el título de *libertadores*. A mucha honra tenía haber sido un libertador y le gustaba ostentar con orgullo la banda tricolor, a guisa de toquilla, en el sombrero tejano. Por lo demás, la principal característica de Cabral era su bondad. No parecía indicado para el ejercicio del mando militar ni para el manejo de las armas. Sin embargo, cuando sus convicciones lo hicieron ir a la guerra, demostró decisión, valor y entereza. Fue un jefe cumplido, muy estimado entre la tropa.

Al producirse la horrenda cuartelada huertista, todos los maderistas de Sonora, con Cabral a la cabeza, se aprestaron a la lucha. No hubo armas suficientes para dotar de ellas a los contingentes que de todos los rumbos del Estado acudieron a Hermosillo. Cuando

los trenes militares salieron al norte a iniciar la campaña, los gritos de júbilo y la algarabía de los soldados se rubricaban con los disparos de fusil que se lanzaban al aire en señal de regocijo. Cabral acompañó a Obregón en la toma de Nogales, de Cananea y de Naco.

Obregón tenía una estimación especial por Cabral y lo distinguía al realizar sus planes militares. En su parte sobre la toma de Nogales, dice: “El coronel Cabral y yo entraríamos por el frente, con 15 dragones del coronel Cabral, para iniciar el ataque y llamando la atención del enemigo, facilitando así el ataque general”.

Para ocupar la plaza de Nogales, desalojando a los federales que la tenían, Obregón había hecho un violento movimiento de tropas desde Hermosillo y había sorprendido al enemigo con la rapidez de varios ataques por diversos rumbos. Fue la iniciación de sus victoriosas campañas en el constitucionalismo.

Al referir la forma en que se operó para tomar a Cananea, Obregón asienta: “El coronel Diéguez, con la fuerza que era a su mando, atacaría por el lado de los tanques; el coronel Alvarado, con su cuerpo, atacaría por el lado de la población; y Cabral y yo, con los cuerpos 47, Voluntarios de Hermosillo y una fracción del 5º, por Luz Cananea...”

En el parte de la batalla de Santa Rosa, el general Obregón consigna estos hechos: “. . . y el asalto quedó resuelto en la forma siguiente: por el frente, coronel Juan G. Cabral con las siguientes tropas: 4º Batallón Irregular de Sonora, y ex insurgentes y Guardias Nacionales del Estado, y fracción del 3er. Batallón Irregular. . .”

“Me siento orgulloso de comandar una columna como esta. A los coroneles Cabral, Alvarado, Diéguez, Sosa y Camacho, nada hubo por ordenarles: obraron con verdadera iniciativa y oportunidad. . .”

*
* *

Por méritos en campaña y por las simpatías que había conquistado en el ejército nuevo, el general Juan G. Cabral fue nombrado Comandante Militar de la Plaza de México, a la entrada del constitucionalismo, en agosto de 1914. Vinieron después las luchas políticas en la Convención, que trajeron el distanciamiento entre el Primer Jefe y el general Villa. Cabral pudo haber formado parte, en aquel momento, de una comisión conciliatoria. Tenía muchos y muy grandes amigos en los dos bandos. Se precipitaron los acontecimientos

y fue imposible evitar la contienda armada. Decepcionado, y sin decidirse a tomar partido entre los contendientes, Cabral se marchó a los Estados Unidos. Estuvo algunos años, trabajando en lo que podía, en los Estados de Arizona y de California. Permaneció allí hasta que en México se serenaron los ánimos.

Cuando regresó al país, se dio cuenta de que sus viejos amigos no lo habían olvidado. Fue acogido con simpatía por los sonorenses que estaban en el poder. Pronto le fueron ofrecidos cargos y comisiones de importancia. Representó a México en el servicio exterior. Ocupó la jefatura del Departamento del Distrito Federal y durante varios meses estuvo como subsecretario encargado del Despacho de Gobernación.

Juan G. Cabral quedó como un alto valor de los revolucionarios sonorenses, que supieron servir a la patria en momentos de prueba. Cuando murió se le hicieron merecidos honores y fue acompañado hasta su tumba por numerosos ciudadanos que conocieron sus luchas, sus inquietudes y la bondad inalterable de su corazón.